

El crimen de Gádor y la tuberculosis

Carlos Maza Gómez

El crimen de Gádor y la tuberculosis

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2011
Todos los derechos reservados.

Índice

Introducción	5
Los niños del Canal	9
Sospechosos con coartada	17
Tomás Badosa Comala	25
La sangre como remedio	37
La tuberculosis en el siglo XIX	45
Higiene y alimentación	51
Remedios milagrosos	59
La tuberculina	67
Gádor, 1910	79
El secuestro	85
El sacrificio	93
El juicio	103
Repercusiones y final	115
Málaga, 1913	123
Capellades, 1926	133
Sospechas y registros	139
La pista de la sangre	145
Dos mendigos	151

Introducción

A finales del siglo XIX la tuberculosis era la enfermedad infecciosa más frecuente y la que mayor mortalidad ocasionaba de entre todas las infecciosas. En un mundo médico que empezaba a enfrentarse a los males causados por gérmenes patógenos microscópicos, que iniciaba procedimientos novedosos como las vacunas de Pasteur, aún no había una solución definitiva a la tisis.

Desde mediados de ese siglo el único tratamiento con ciertas garantías de mejora se basaba en los métodos higienistas: buena alimentación, descanso y estancias en sanatorios, preferentemente de montaña pero también marítimos. Naturalmente, estos centros estaban reservados a la clase más alta económicamente y no a los trabajadores que se hacinaban en puestos de trabajo mal aireados, chabolas humildes llenas de suciedad, con una alimentación deficiente. A finales de siglo empezaba a quedar claro que ésta era también una enfermedad social, puesto que afectaba en mayor grado a las capas más desfavorecidas de la sociedad.

Frente a ella no había cura convincente. Algunos médicos, incluso, ignoraban su contagiosidad y permitían que esas familias pobres, con tuberculosos entre sus miembros, conviviesen diariamente extendiendo la enfermedad entre ellos.

Así las cosas, el descubrimiento del agente patógeno por Robert Koch en 1882 aumentó la esperanza de una fácil cura de la enfermedad a través de un suero o una vacuna que

lo permitieran. No fue así. Se registraron varios intentos, como el de la tuberculina del propio Koch o la tulasina de Behring, que no fueron concluyentes.

Ante el temor y la desorientación, los pobres recurrían en ocasiones a sortilegios, talismanes, oraciones y todo aquello que les aportara una esperanza de mejora. En esa visión mágica teñida de superstición e ignorancia tenían un papel fundamental los curanderos, más frecuentes en el mundo rural, donde la atención médica era escasa y mal preparada. De entre las recetas de estos personajes para la curación de la tuberculosis sobresalía una: beber sangre infantil.

Este libro repasa con detalle algunos de los casos más sobresalientes de una serie de crímenes que se registraron durante esos años teniendo a niños como víctimas. El hecho de serlo y el salvajismo con que eran efectuados esos asesinatos, cobran en Gádor (Almería) su más claro ejemplo, el más conocido y seguido por todos los periódicos nacionales. Fue el caso del que se conocieron mayores detalles y fueron estos, fruto de la ignorancia y la crueldad, los que le dieron la terrible fama que cobró de inmediato.

Tanto en este crimen, llevado a cabo en 1910, como en otros de similar factura (los niños del Canal, 1884, o el de Capellades, 1926), e incluso un cuarto (Málaga, 1913) donde se aprecia el clima de la época en torno a estos asesinatos, se ha seguido su desarrollo cronológico a través de la prensa. Sobre las conclusiones a sacar sobre esta época, sobre el análisis de la misma, ha primado la

narración, tratar de hacer llegar al lector el desarrollo de los hechos, desde el terrible descubrimiento inicial a su conclusión cuando la había, pasando por todo el conjunto de sospechas existentes.

Pero, finalmente, del examen de los casos, del conocimiento sobre la difícil investigación en torno a la tuberculosis, sobresalen el temor y la ignorancia de un pueblo, sobre todo en sus capas rurales y más pobres, el miedo a la muerte que tiene su mejor expresión en uno de los criminales de Gádor: “¡Antes soy yo que Dios!”, antes la vida y la curación que cualquier mandato divino, antes la muerte de un niño inocente que la mía propia.

Todos estos crímenes fueron, probablemente, por encargo. Por ambición, codicia de dinero, se mataba de la manera más cruel, también se delataba a otros. Estos crímenes son también un reflejo de la maldad humana, capaz de sacrificar la inocencia por un beneficio material, sea dinero o salud. La sociedad más instruida asistía entre el asombro y el espanto a casos como estos, clamando por una educación que terminara con la ignorancia, donde hubiera un mayor número de escuelas y se desterrase la incultura de un mundo que presumía de ser cada vez más ilustrado. Aún se tardaría muchos años en alcanzar esos objetivos dando el valor a la vida infantil del que por entonces carecía.

Los niños del Canal

La desgraciada historia de dos niños comienza un lunes, el 17 de marzo de 1884. Por entonces la calle Zurita, hoy en pleno barrio madrileño de Lavapiés, no dejaba de ser un arrabal con casas mal construidas donde se hacinaban en ocasiones familias enteras de jornaleros venidos desde diversos lugares de la Península.

El domingo por la tarde uno de ellos, Joaquín Ramírez, venido de Andalucía, notó que se quedaba sin tabaco. Por ello le dijo a su hijo pequeño, Julián, que fuera a por él dándole para el recado una peseta y algunos céntimos.

Pasaron las horas y el chico no volvía. La madre empezó a inquietarse porque se hacía de noche, llegaba la hora de cenar y aquel galopín seguía sin llegar. Por eso instó al marido y al hijo mayor, de veintidós años, a que salieran a buscarle. Nadie le había visto, los vecinos nada sabían.

Desde su domicilio en la calle Zurita número 3, Joaquín Ramírez y su hijo extendieron el radio de su búsqueda mientras pasaban las horas. ¿Se habría quedado en casa de algún amigo? Por entonces los niños campaban a sus anchas por los barrios de Madrid, recorrían las calles, jugaban en los muchos descampados existentes, se montaban en cualquier carro que les permitiera recorrer unos cuantos kilómetros. Las madres estaban lo suficientemente ocupadas viviendo y limpiando sus reducidos espacios de convivencia familiar o charlando con las vecinas al hacer cualquier compra, que no podían controlar dónde iban sus hijos ni qué hacían. No era, pues,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

